



Doña Ignacia pastorea sus ovejas y llamas en las laderas cercanas al río Desaguadero, donde ocurrió un derrame de Enron-Shell en enero de 2000 que desató una catástrofe medioambiental. Foto: Christina Haglund (2006).

CAPÍTULO 2

El río que se volvió negro: Enron y Shell esparcieron destrucción por las tierras altas de Bolivia

Christina Haglund



En enero de 2000, un oleoducto boliviano operado por una subsidiaria de las petroleras Enron y Shell se rompió en el río Desaguadero derramando 29 000 barriles de petróleo tóxico en aproximadamente cuatro mil kilómetros cuadrados de sembradíos y tierras de pastoreo, propiedad de los indígenas. Fue uno de los más graves desastres ambientales en la historia de la nación, y sin embargo prácticamente no recibió atención fuera de Bolivia. Lo que se dio a conocer se limitó a elogios para las dos compañías por la limpieza del hidrocarburo y por sus programas de ayuda a los comunarios y a la zona, posterior al desastre.

Seis años más tarde, Christina Haglund se propuso buscar más allá de lo que afirmaron las relaciones públicas de las compañías y encontrar qué fue lo que realmente pasó ese enero y después a lo largo de las riberas del antiguo río de las tierras altas de los Andes. Primero, revisó cerca de 1 000 páginas de documentos legales, informes medioambientales y notas de prensa. Entonces salió hacia el río, quedándose más de tres meses en las comunidades y en las casas de la gente que vivió el desastre. Juntó sus historias y testimonios de una catástrofe medioambiental, de un Gobierno que no cumplió con sus obligaciones y de unas corporaciones que lograron evadir sus responsabilidades por lo que hicieron.

I. Lo místico y la maquinaria

Las tierras altas

Para la gente de las tierras altas, el lago Titicaca es un lugar místico de larga memoria. Aquí, la gente te dirá, es donde el sol y la luna nacieron. Aquí también nació el espíritu de los Incas y su vasto imperio. Encaramado en una altura de

casi 4 830 metros sobre el nivel del mar, este enorme lago tiene sólo una vena, una única salida que arrastra sus aguas sobre vastas tierras de la altiplanicie: el río Desaguadero. El río que al despuntar el nuevo milenio, repentina y misteriosamente se volvió negro.

El Desaguadero es la fuente más importante de agua para el Altiplano de Bolivia, las tierras altas, donde el río esculpe su ruta a través de la dura tierra y baja hacia la parte occidental del país. En su curso, por más de 322 kilómetros, sus aguas pasan por laderas saladas y praderas pantanosas, confluyen en lagunas, y finalmente se asientan para formar el lago Poopó, poco profundo y de aguas turbias.

Los hombres, mujeres y niños que viven en los alrededores del Desaguadero existen como ecos de anteriores siglos. Las familias que se dedican al cultivo y el pastoreo en estas tierras altas exprimen la magra vida donde poco o nada crece. Los árboles son un raro hallazgo. La sombra es un raro hallazgo. La fruta y los vegetales verdes llegan en camiones, si es que lo hacen. Arbustos con un tronco nunca más grueso que la cintura de un niño es la única leña para cocinar. Muchas de las casas son construidas con paredes de adobe hecho de barro y con techos de paja que fue cortada en luna llena.

Tres diferentes pueblos indígenas pasan su vida a lo largo del río Desaguadero. Su etnicidad y su idioma son la misma palabra: los urus hablan uru, los aymaras hablan aymara, los quechuas hablan quechua.

Las mujeres en el Altiplano casi nunca llevan pantalones. En cambio, usan *polleras*, faldas plisadas sobre enaguas de lana, aislando así su cuerpo del frío cortante. Estas mujeres pasan al menos cinco horas al día pastando ovejas y llamas, animales cuya carne es convertida a *charque* (carne disecada) y cuya lana es utilizada para hacer todo tipo de ropa y textiles, o incluso para fabricar sombreros. Con los niños envueltos en sus espaldas en frazadas tejidas de brillantes colores, las mujeres pastoras recorren largos tramos de la tierra compartida de la comunidad para llenar los abdómenes de sus animales con plantas silvestres. Navegan dentro y fuera de las montañas de los Andes para satisfacer la sed de sus animales en las aguas del Desaguadero. Su riqueza no es medida por sus cuentas bancarias, sino por sus ovejas y llamas.

De hecho, muy poco ha cambiado a lo largo del río Desaguadero en los cinco siglos pasados. El frío continúa picando con afilados bordes. Las papas siguen siendo el alimento más consistente de una comida, hervidas en una sopa, cocidas en hornos de barro o congeladas para los siguientes meses. Los niños nacen en casa y el tiempo es decidido por el movimiento del sol y la luna.

Pero no todos los aspectos de la vida rural andina son una repetición de las generaciones pasadas. La gente sabe de tecnología y quiere tenerla.

Una vez al mes, un casete de plástico es mostrado en un VCR de la comunidad en el colegio del pueblo de Canuta. La gente de las comunidades aledañas que no tiene electricidad camina unos ocho kilómetros o viene en sus bicicletas

para asistir al teatro improvisado donde se proyectan las películas. La gente quiere luz después de que el sol se mete. Los padres con más niños de los que se puede contar en una mano, sueña con enchufar aparatos en la pared. Las mujeres imaginan lo bueno que sería tener máquinas que laven su ropa en vez de ellas, ahorrándoles largas caminatas al río y horas de lavar la ropa a mano. Las familias pueden entender que fácil sería cocinar con solo oprimir un botón o encender un interruptor.

Don Pablo es un hombre robusto, que parado sólo llega a mis hombros y que permanentemente tiene las mejillas rojas por el frío. En una de mis largas visitas al río, él demostró la esencia de un antiguo y profundo lazo entre la naturaleza y los seres humanos.

Tenía un cuchillo en su mano y murmuró dentro del oído de la oveja. “La Pachamama (madre tierra) está viva. Le estoy pidiendo a ella por la vida de este animal.” Con un controlado movimiento de ida y vuelta del cuchillo sobre el cuello del cordero, la sangre del animal se derramó, y Don Pablo continuó murmurando en aymara. Miramos cómo se iba la vida de la oveja que su hija y esposa habían hecho pastar por tanto tiempo. Esta oveja proveería carne a la familia de Don Pablo para por lo menos una semana.

Para la gente que vive en estas llanuras ventosas, la *Pachamama* está viva de la misma manera que el sol y la luna. La naturaleza y la gente no pueden estar separadas. La sobrevivencia depende de los esfuerzos de la familia para plantar y cosechar, de lo que la tierra les da. Los poderes del universo están personificados, y son adorados, honrados y cobijados. El río Desaguadero es uno de estos poderes, y para la gente que llama al Altiplano su hogar, este río está vivo.

La corporación y su oleoducto

Por cuatro décadas, la estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) administraba la vasta industria de hidrocarburos de la nación, con operaciones que cubrían exploración, industrialización y comercialización. Durante los años 90 aportó al empobrecido tesoro público de Bolivia, entre 300 y 400 millones de dólares anualmente.¹

A mediados de los años 90, el Banco Mundial tomó nuevo interés en la industria petrolera de Bolivia. Decidieron que el país más pobre de Sud América, en un estado de crisis económica, no podría aprovechar completamente su energía potencial y llevar sus recursos al mercado global. El Banco nombró una comisión de consultores para evaluar la magnitud del petróleo boliviano y considerar las posibilidades de inversión.² Los funcionarios del Banco Mundial presionaron a Bolivia para que adopte un camino que juzgaron más moderno,

más lucrativo: la capitalización. Los funcionarios del gobierno boliviano entraron entusiasmados a la nueva economía global y estuvieron de acuerdo en poner el gas y la industria petrolera, propiedad del Estado, bajo casi total control de las corporaciones extranjeras. La industria petrolera de Bolivia fue desmembrada en tres partes, una para transportar y dos para explorar y desarrollar. Entonces, las piezas fueron puestas en las manos de las corporaciones extranjeras (para mayor información sobre hidrocarburos, ver Capítulo 3).

Una de las corporaciones extranjeras que vino a comprar un pedazo de la industria petrolera era nueva, una firma relativamente desconocida de Texas, una compañía llamada Enron. Enron fue una de las compañías de electricidad líderes en el mundo, con operaciones energéticas desde India hasta Mozambique. Más de la mitad de sus operaciones, por 6 500 millones de dólares, estaba en el exterior, localizada en Sud América.³ Por seis años consecutivos, la revista *Fortune* (una reconocida revista empresarial estadounidense) nombró a Enron “la compañía americana más innovadora”. Enron encontró su verdadera fama, sin embargo, al final del año 2001, cuando fue descubierto que su milagro financiero estaba basado en un fraude de contabilidad creativo y bien planificado.

Fue en Miami, en 1994, cuando Enron se involucró en Bolivia. Los representantes gubernamentales tomaron un descanso de su participación en la reunión Cumbre de Las Américas para firmar el primero de muchos acuerdos secretos que, posteriormente, harían a la compañía copropietaria de los ductos petroleros y gasíferos.⁴ Aunque la Constitución de Bolivia claramente establece que los contratos requieren la aprobación del parlamento, el Congreso boliviano nunca vio el documento y mucho menos el pueblo boliviano.

Tres años después, en 1997, Enron se unió con Shell de Holanda para formar Transredes S.A., y el acuerdo fue cerrado. Las dos corporaciones extranjeras tenían 50% del control de la participación (con Bolivia propietaria de la otra mitad) en la serpiente de acero que transportaba el valioso petróleo de Bolivia a los mercados extranjeros. Para asegurar esta copropiedad, se firmó un acuerdo valorado en cientos de millones de dólares; Enron y Shell nunca tuvieron que pagar nada al gobierno boliviano, salvo con promesas de futuras inversiones.

El año 2004, un informe oficial boliviano concluyó que, de hecho, Enron y Shell habían invertido solamente cerca de un cuarto de lo que habían acordado.⁵ Roberto Fernández Terán, profesor de la Universidad Mayor de San Simón, en la ciudad de Cochabamba, y que dirige un proyecto de investigación sobre los hidrocarburos de Bolivia, dijo: “es como si se le hubieran dado la granja de tu familia a un nuevo propietario, simplemente por nada. Y que los nuevos propietarios empezaran a lucrar de lo que solía ser de tu familia.”⁶

Cubriendo miles de kilómetros, los conductos de gas y de hidrocarburo líquido se deslizan a través de la selva, se arrastran arriba a las montañas, se agachan por debajo de los caminos y se lanzan cruzando los ríos. Estas herramientas de la economía moderna serpentean a través de las tierras planas sin

electricidad y pasan por pueblos remotos donde el español es la segunda lengua, si se lo habla. El antiguo río Desaguadero se cruza con uno de estos ductos, un segmento de 563 kilómetros que transporta el petróleo boliviano hacia la costa del Pacífico en Arica, Chile.⁷ La última semana de enero de 2000, un evento catastrófico ocurrió en la intersección del cilindro de acero y ese largo camino de agua que se origina en el lago Titicaca.

El descubrimiento

¿Por qué nuestro río está negro? Esta era la pregunta en las mentes y los labios de la gente que vive a lo largo del Desaguadero y que no sería contestada por otra semana.

Las trenzas negras de Doña Porfiria llegan hasta la cintura de su espalda. La conoció después de haber escuchado a la distancia su increíble tono de voz alto llamando a su hija. Su pueblo está ubicado al sur de Santiago de Callapa, localizado a 24 kilómetros corriente abajo, donde los oleoductos cruzan el río. Doña Porfiria fue una de las primeras personas que descubrió el espejo negro en movimiento que era en lo que se había convertido el Desaguadero.

El 29 de enero de 2000, ella estaba haciendo su penoso y rutinario viaje al río acompañada de su manada de 32 ovejas y 14 llamas. Pero este particular sábado por la tarde, cuando llegó al río, no podía reconocer las aguas que conocía desde que era niña. Su primera reacción, según explicó, era pensar que el negro era un presagio de buena suerte.

“Me reí a carcajadas. ¿Qué sería esto? Estaba emocionada y quería decirle a mi familia lo que había descubierto. El río corría como siempre lo hace en la estación de lluvia, pero ahora estaba más denso. El agua se veía tan diferente. Parecía que estaba en la sombra, como si estuviera llena de oscuridad. Tenía un olor extraño, un olor desconocido que me hizo pensar de nuevo en qué sería lo que nos traería en realidad este nuevo río.”⁸

Durante ocho meses del año la lluvia es sólo un recuerdo en el Altiplano. Pero en los cuatro meses de primavera y verano, cuando el agua cae del cielo abierto, llueve fuertemente. En algunos estrechos, el río Desaguadero se triplica en tamaño. Los lagos y lagunas nutridas por las aguas del río pueden inundar el doble de sus niveles de la estación seca. Según el Servicio Meteorológico Nacional, la estación lluviosa en 2000 no estaba fuera de lo normal.⁹ Lo que no era usual era que la porción de 30 metros del oleoducto que se suponía que cruzaba sobre el río Desaguadero, estaba sumergida debajo de sus rápidas corrientes de agua.¹⁰

¿*Dónde está nuestro petróleo?* Fue la pregunta que hicieron los operadores de la parte final del oleoducto en Chile, temprano en la mañana del lunes, a los funcionarios de Transredes en Bolivia, en una llamada telefónica 48 horas después de que el derrame empezara.¹¹ Justo antes del amanecer del sábado anterior, los funcionarios de Transredes en Cochabamba habían abierto las gigantes válvulas que se suponía enviarían el petróleo en su viaje rutinario fuera del valle, escalando por las montañas de los Andes, hacia la costa del Pacífico. Precisamente antes del medio día de ese sábado en la mañana, el petróleo pasó, como estaba programado, a través de la estación de bombeo Sica-Sica de Transredes, ubicado a 80 kilómetros antes de que el oleoducto cruce el río Desaguadero.

Esa fue la última vez que Transredes pudo verificar el petróleo en su sistema. Desafortunadamente, la máquina que medía la presión del petróleo moviéndose a través del oleoducto en la estación de bombeo de Sica-Sica, no estaba funcionando apropiadamente en el momento del accidente, una de las principales razones por lo cual tomó dos días para que Transredes supiera del derrame.¹²

El espeso líquido negro que hacía su recorrido fuera de Bolivia a las costas del Pacífico era “residuo de petróleo,” una mezcla particular de petróleo crudo y gasolina que es especialmente tóxico para la salud humana y animal. La exposición a esta materia puede resultar en leucemia, tumores, enfermedades degenerativas, así como también en deficiencias del sistema inmunológico.¹³

Después de frenéticas llamadas de los funcionarios de la compañía en Chile, Transredes tardó 12 horas más para localizar el derrame y obstruir las válvulas en ambos lados del río.¹⁴ Para entonces, el daño era ya irreversible. El Desaguadero había sido convertido por el derrame en un sistema de entrega brutalmente eficiente, enviando el petróleo de la compañía dentro de valiosas praderas, dentro de laberintos de canales cavados a mano para la irrigación y de frágiles santuarios de aves. En el momento en que Transredes empezó a actuar, su mezcla tóxica había sido esparcida por 48 horas a lo largo de vías fluviales y tierras. Por lo menos 29 000 barriles de petróleo –suficientes para llenar más de un millón de baldes con leche– fueron arrojados dentro del río Desaguadero, posteriormente extendiéndose a lo largo de 249 kilómetros.¹⁵

*“Las plantas verdes se convirtieron color ceniza. Las ovejas tenían zapatos negros y las aguas para bañarse no eran nada claras. La vida se fue,” Don Vidal, un residente de El Choro, me dijo: “Y no teníamos idea de que lo peor estaba por venir, que incluso cuando lo negro se vaya nosotros seguiremos sufriendo por eso”.*¹⁶

El río Desaguadero, que estaba crecido por la estación lluviosa, se llevó el petróleo súbitamente, extendiéndolo por lagunas pantanosas que sólo aparecen durante esa estación, pasó por los cerros de sal natural a través de los Andes hasta alcanzar las poco profundas aguas del lago Poopó, que cubre más de 1 550 kilómetros cuadrados durante la estación húmeda.¹⁷ Los campesinos, que habían hecho

sus propios canales de irrigación –algunos de 900 metros de largo– no sabían que debían cerrar sus canales antes de que las aguas contaminadas empezaran a saturar sus cultivos. Al final, el petróleo de Transredes contaminaría casi cuatro mil kilómetros cuadrados de tierras fértiles para el pastoreo y el cultivo.¹⁸

Doña Lorenza se levanta antes que el sol lo haga y cocina papas. Tiene que empaquetar su almuerzo para un día de pastoreo; las mismas papas del desayuno y un bocado de charque (carne deshidratada por el sol) que mitigarán su hambre al mediodía. Trapos viejos y ropa son envueltos y anudados alrededor de la comida para mantenerla caliente y llevarla atada a la espalda junto con su niña Evita, de dos años de edad. Pasa el día con sus compañeras, las ovejas y las llamas. La pequeña niña no lloró ni una sola vez durante el día, ni siquiera cuando su mamá la dejó conmigo y sus cincuenta y tantos animales por horas. Doña Lorenza fue a cosechar papas lejos de nuestra vista, dejándonos en las orillas del Desaguadero, las más fértiles tierras de pastoreo durante la mayor parte del año.

El año 2000, cuando las anegadas aguas y las tierras pantanosas se secaron, las tierras de pastoreo de esta comunidad estaban contaminadas. Las pocas islas de verde donde el río no pudo alcanzarlas no eran suficientes para sostener la vida; los animales tuvieron que ser alimentados en las tierras contaminadas. La gente del Desaguadero trató de adaptarse a la contaminación de su río como si fuera un desastre natural. El agua que utilizaban para cocinar y bañarse, para lavar su ropa a mano, para pescar o cazar pájaros ya no era segura. Aunque muchas familias recolectaban agua de lluvia, tal cantidad no se aproximaba a lo que se necesita usar para el ganado y para las necesidades básicas de una familia.

Advertencias ignoradas

Negligencia es un término legal que se refiere “a no ejercer el grado de cuidado que la ley estipula para la protección de otra gente.”¹⁹ En tres diferentes ocasiones, Transredes fue alertada por los funcionarios bolivianos y los propios técnicos de la compañía de que su oleoducto –en el preciso lugar donde cruza el río Desaguadero– podría causar un gran derrame. Transredes admitió que había sido advertida con anterioridad de que un desastre exactamente como ése podía ocurrir a lo largo de la ribera del Desaguadero.

La compañía que formaron Enron y Shell sabía que los oleoductos heredados habían sobrepasado sus fechas de caducidad por más de una docena de años, según indica un documento suscrito con las autoridades bolivianas un año antes.²⁰ En agosto de 1999, meses antes del desastre, uno de los propios funcionarios de Transredes informó a la compañía que el oleoducto se había caído de un soporte de metal en forma de H y que estaba parcialmente debajo del agua.²¹ Cuatro meses después, Transredes recibió otra advertencia, un informe del superintendente de

Hidrocarburos del gobierno boliviano, informando a la compañía que el ducto que cruzaba el río necesitaba mantenimiento.²² Esa inspección, que también encontró corrosión en el tubo de metal, estaba clasificada como de “máxima prioridad.”²³ Al ver que Transredes no respondía, la Superintendencia volvió a advertir a la compañía de la peligrosa condición de sus oleoductos.²⁴

Pero en vez de tomar alguna acción preventiva, Transredes continuó bombeando el petróleo. Según un memorandum de marzo de 2007 preparado por los funcionarios de Transredes en respuesta a las preguntas de El Centro para la Democracia, la compañía tomó la decisión de retrasar las reparaciones por dos razones: primera, existía la preocupación que si se emprendía la reparación durante la estación de lluvias, podría provocarse un accidente; y segunda, no querían interrumpir el flujo de petróleo por el oleoducto.²⁵ En esencia, los funcionarios de Transredes apostaron a que la sección maltratada del oleoducto resistiría unos meses más. Fue una apuesta conveniente que evitaba la interrupción de las ganancias de Transredes que corrían a través del ducto. Al final, fue una apuesta que resultó terriblemente mala, una apuesta que causó que la gente del Desaguadero pagara el verdadero precio.

II. Helicópteros y promesas

Una semana después del derrame, el silencio del Altiplano fue interrumpido por ruidos que venían de arriba. Doña Julia, una mujer casi sin dientes que habla aimara y sólo algunas palabras de español, salió de su casa de adobe donde estaba pelando papas. Levantó su cabeza hacia el cielo. Por primera vez en su vida veía, de cerca, una máquina que volaba. Los representantes de Enron y Shell bajaron del cielo, llegando a pueblos que no figuran en ningún mapa. Los campesinos estaban asombrados por la llegada de los helicópteros y ansiosos por recibir respuestas que por fin devolvieran la normalidad a sus vidas.

Seis años después, Doña Julia besó el plátano que le ofrecí. Con una amplia sonrisa me dijo que piensa que sus ovejas son realmente cerdos; nunca dejan de comer y parece que nunca están satisfechas.

“Ellos nos dijeron que el petróleo era fertilizante”, me comentó.

“¿Quién?”, le pregunté.

“La gente del derrame de petróleo.”

Los expertos contratados por Transredes le dijeron a la gente que vive por el río que el petróleo era fertilizante; siete años después, la compañía aún sostiene

que algunas investigaciones científicas indican que el petróleo puede “acelerar la formación de nutrientes en el suelo.”²⁶ Esas ‘investigaciones científicas’ tienen muy poco significado para aquellos que basan sus vidas en las tierras circundantes al río Desaguadero, donde siete años más tarde las plantas no crecen como antes lo hacían.

Durante la primera devastadora semana después del derrame, los funcionarios de Transredes en Bolivia pasaban su tiempo haciendo llamadas de larga distancia a Estados Unidos y a Europa. La estrategia que emergió de aquellas llamadas fue un plan de cinco puntos. Primero, la compañía lanzaba una agresiva campaña de relaciones públicas que describía el derrame como insignificante y bajo control. Segundo, se proyectaba la apariencia de una limpieza exitosa y una adecuada ayuda de emergencia. Tercero, la compañía extranjera presionó a los individuos de las comunidades a incluirse en un proceso de compensación unilateral definida por Transredes. Cuarto, la compañía tomaba control de la información científica para minimizar la evidencia de daño medioambiental. Finalmente, la subsidiaria de Enron y Shell envolvió su paquete de compensación con la respetada imagen de la organización de ayuda internacional, CARE (*Co-operative for Assistance and Relief Everywhere*), para facilitar el pago de Transredes por el derrame de petróleo, a través de proyectos comunitarios.

Esta estrategia ganaría para ambas compañías elogios como un “modelo empresarial de ciudadanía.” A lo largo del río, la historia era muy diferente.

Una agresiva campaña de relaciones públicas

La campaña de relaciones públicas de la compañía con los medios de comunicación bolivianos empezó por contratar a la firma británica *Environmental Resource Management* (ERM) para manejar el potencial desastre de las relaciones públicas de la compañía, o como ERM lo describió: “ayudar a Transredes a superar las preocupaciones de la comunidad.”²⁷ Inicialmente, la prensa boliviana informó con mucho entusiasmo la versión de la historia según la compañía: entre 1 000 a 5 000 barriles de petróleo, manejable, se habían derramado por un pequeño hoyo del tamaño de una moneda boliviana.²⁸ Transredes prometía “limpiar la zona afectada de tal manera que quedara igual o mejor que antes del accidente.”²⁹

El 8 de marzo del año 2000, apenas un mes después del incidente, un portavoz de Transredes apareció en las estaciones de televisión local diciendo: “felizmente, las comunidades no han sido afectadas.”³⁰ El presidente de Transredes, Steven Hopper, habló orgullosamente del éxito de su compañía a lo largo del río:

Lo hemos hecho bien el mes pasado obteniendo la participación de las comunidades afectadas, que son la fuerza laboral para la limpieza, y están bien atendidos por nuestras brigadas de médicos y veterinarios, así como también por nuestros operadores sociales, aunque todavía hay mucho que hacer. Permanecemos firmes

en nuestra promesa inicial de continuar trabajando con las comunidades afectadas y darles una justa compensación por los impactos del derrame.³¹

Unas semanas después del derrame, uno de los aviones más grandes del mundo aterrizó en Bolivia. Las cámaras de televisión y periodistas se agruparon en el aeropuerto de Cochabamba para informar sobre la llegada del Antonov ruso, que llegó cargado de sofisticada tecnología para remediar derrames de petróleo, vehículos todo terreno y equipos de extranjeros para dirigir la limpieza.³² El costo para traer este avión a Bolivia fue de 600 000 dólares, o lo que equivale a la mitad de lo que la compañía conferiría a las 127 comunidades en el proceso de compensación.³³ Transredes también presumió de haber facilitado un número telefónico de información de llamadas gratuitas para las familias afectadas, pese a que la vasta mayoría de los campesinos tiene que caminar más de cinco horas sólo para llegar a un teléfono.

En los medios de comunicación nacionales se destacaban los esfuerzos de limpieza mediante videos y fotos de la gente afectada de la región, quienes eran contratados para hacer ese trabajo. Según algunos a quienes Transredes empleó, los equipos de protección, gafas desechables, guantes y cobertores de pie así como los uniformes de limpieza sólo fueron prestados para salir en las fotografías. En realidad, la ‘tecnología sofisticada’ utilizada en la limpieza consistía de palas, rastrillos y bolsas plásticas.³⁴

Algunas fuentes noticiosas presentaron una versión diferente de la historia. Un periódico de La Paz denunció el derrame como “la peor tragedia ecológica en la historia de Bolivia.”³⁵ El prefecto de la región, Carlos Bórth, declaró la región como zona de desastre poco después del derrame.³⁶ Al final, sin embargo, nada pudo hacer frente a la bien aceptada campaña de relaciones públicas lanzada por la compañía.

Limpeza y ayuda de la corporación

En el alejado pueblo de Acopata, el Desaguadero fluye justo al otro lado del cerro, a menos de dos kilómetros. La gente de Acopata cuenta su riqueza en llamas y ovejas, no en dinero. El único dinero en el bolsillo, por lo general, es el de un miembro de la familia en la ciudad o el obtenido por la ocasional venta de un animal no destinado a su propio consumo. Don Juan de Dios es copropietario de una panadería en la sede de gobierno, La Paz. Como muchos que crecieron cerca al río, regresa a su tierra para ayudar a su familia durante los difíciles días de siembra y cosecha. Don Juan nos explicó que sus compañeros miembros de la comunidad que tuvieron la suficiente suerte como para conseguir los altamente codiciados puestos de limpieza, pensaron que se habían ganado la lotería.³⁷

Transredes reclutó gente que vivía a lo largo del río –muchos nunca habían recibido un pago en dinero por su trabajo– para ser la fuerza laboral de la lim-

pieza del petróleo que se suponía que se dirigía a Chile. Campesinos, granjeros y pastores de animales trabajaron largas horas por Bs. 35 por día, casi el doble del jornal diario en Bolivia. Más de 3 000 personas fueron empleadas, dirigidas por supervisores que no hablaban su idioma. Ninguno de ellos sabía en ese tiempo el amargo precio que pagarían por sus “premios de lotería” de su empleo temporal. La mayoría de los que trabajaron como equipo de limpieza terminó enferma por la exposición al petróleo, o sufriría de problemas de visión causados por la intensa reflexión de la luz en el petróleo derramado.³⁸ A pesar de la abundancia de testimonios contrarios a los que fueron empleados, los funcionarios de Transredes continuaron afirmando que cualquier problema de salud sufrido por la gente sería transitorio o era solamente causado por las enfermedades comunes que se sufren en las tierras altas de la región.³⁹

Cerca de 40 miembros de la comunidad de Ulloma trabajaron en la limpieza. Seis años más tarde, once de los miembros de este pueblo de 250 familias, que se asienta a 24 kilómetros al sud del oleoducto, volvieron a contar sus historias. Describieron cómo conocieron a personas de Texas, EE.UU., con un vaso de fideos que sólo necesitaba agua caliente para cocinarlos. También dijeron que durante la limpieza se sintieron “tratados como perros” por los especialistas importados por la compañía.⁴⁰

Imposibilitados de comunicarse con la mayoría de los técnicos de la limpieza, por la barrera idiomática, la mano de obra empleada de Ulloma reclamó que no se les daba adecuado tiempo de descanso durante los extenuantes días de trabajo.

El plan de emergencia que nunca existió

El gobierno boliviano y varias instituciones públicas exigieron repetidamente a Transredes presentar el plan de emergencia legalmente requerido, y las acciones específicas que serían tomadas inmediatamente después de un accidente medioambiental.⁴¹ El viceministro de Energía e Hidrocarburos formalmente pidió ver el plan de Transredes, detallando las circunstancias del derrame y las acciones inmediatas que los funcionarios de Transredes habían planeado por adelantado. El documento nunca fue presentado a las autoridades.⁴²

Para que Transredes, o cualquier otra compañía opere legalmente en Bolivia, debe obtener una licencia medioambiental. El proceso requiere que la compañía detalle los riesgos medioambientales implicados en sus operaciones. A pesar del hecho de que el río Desaguadero es la mayor fuente de agua en el Altiplano, Transredes nunca mencionó que sus oleoductos cruzaban esta corriente de agua.⁴³ La limpieza no estaba basada en ningún plan de emergencia concebido cuidadosamente con anterioridad, sino en la improvisación, dos días después de que ocurriera el desastre.

Una semana después del derrame, Transredes declaró oficialmente que las aguas del río eran inseguras para el consumo humano o animal y prometió suministrar agua para emergencias para la gente del Desaguadero.⁴⁴ Más tarde, 48% de las comunidades afectadas informó que había consumido aguas contaminadas.⁴⁵ Simplemente, no tenían otra agua que beber.

El 19 de febrero de 2000, menos de un mes después del derrame, los oleoductos de Enron y Shell estaban reparados y funcionando otra vez. Transredes había completado las reparaciones en los soportes del oleoducto, solicitadas más de seis meses antes. Mientras la gente cerca del río esperaba la entrega de agua potable, la corporación extranjera estaba otra vez en su negocio de bombeo, asegurándose que en el futuro no haya interrupciones en sus ganancias.

A fines de marzo, Transredes declaró que la limpieza masiva estaba “terminada al 80%.”⁴⁶ A pesar de que la compañía trataba de asegurar a la gente que la limpieza se había realizado dentro de estándares internacionales, una inspección del Ministerio de Desarrollo Sostenible de Bolivia concluyó que aún había contaminación y que la limpieza todavía requería considerables esfuerzos.⁴⁷ El 31 de julio de 2000, seis meses después del derrame, oficialmente se dio por concluida la limpieza de Transredes, cuando la compañía depositó más de 838 000 bolsas de material contaminado en una cavidad terrena cerca de la estación de transporte de Sica-Sica.⁴⁸

El recreo para los 19 niños de la pequeña población de Sica-Sica se realiza en un pequeño parque adyacente a la escuela. Este espacio para los niños –equipado con resbalines, barras, y columpio– fue financiado por Transredes. Si los niños columpian con la vista en una dirección, pueden ver la estación de bombeo de la compañía, un área rodeada por un muro que está iluminada 24 horas al día. Si columpian con la vista en la dirección opuesta, ven un campo del tamaño de una cancha de fútbol rodeada de muros altos, resguardando una bendidura en la tierra llena de miles de bolsas de basura contaminada.

La fértil y exuberante estación sobre el Desaguadero después de la lluvia, el 2000, no era igual que antes. A pesar de los esfuerzos de limpieza, la tierra que Enron y Shell aseguraban que estaba limpia todavía estaba manchada de negro: se encontró petróleo como “en un sándwich” en la tierra, según los líderes de las comunidades locales.⁴⁹ No había más la abundante y normal cantidad de pastos y totorales (brotes de paja gruesa que mastica el ganado) para proveer la nutrición necesaria para engordar las ovejas y las llamas.

Persisten los efectos sobre la salud

La primera vez que llegué al pueblo de Rancho Grande, las mujeres me dijeron que mi aguayo era una falsificación. Los aguayos son coloridos tejidos rectangulares

hechos de alpaca, llama o lana de oveja que se llevan amarrados sobre los hombros, una versión andina de una mochila. Mi aguayo, aparentemente, estaba hecho parcialmente de lana sintética; en realidad sólo la parte azul. Para estos ojos agudos y sabios, este tipo de aguayos pueden ser diferenciados a la distancia. Desafortunadamente para estas mismas mujeres que tejen y llevan esa ropa, el daño que los tóxicos pueden causar en la vida de los humanos y animales durante muchos años, es difícil de ver.

Los síntomas más notables de la exposición a la toxicidad del petróleo incluyen irritaciones de la piel, dolores de cabeza, incomodidad en los ojos y la nariz y problemas de estómago.⁵⁰ Los efectos más peligrosos a la salud de residuos de petróleo son invisibles. El BTEX (benceno, tolueno, etil benceno y xileno) es un grupo de compuestos orgánicos volátiles encontrados en los residuos de petróleo. Causante de cáncer y malformaciones, el BTEX puede ser transmitido del pasto y el agua a los animales, de los animales a la gente a través de la carne y de las madres a los fetos en el vientre. Estas toxinas pueden también ser absorbidas a través de la piel, por la ropa lavada en aguas contaminadas o aspirada al sistema respiratorio.⁵¹

La mayoría de las familias que vive en las riberas del Desaguadero tiene muy poco o ningún acceso a los servicios básicos de salud.⁵² Los médicos de Transredes colocaron postas de salud por todas partes de la región, para proveer ayuda médica a la gente afectada como consecuencia del derrame. Las miles de personas que vieron a los médicos de la compañía informaron que sufrían dolores de estómago, náuseas, pérdida de apetito, dolores de cabeza y problemas visuales.⁵³ Desafortunadamente, la ayuda médica de Transredes fue limitada. Los trabajadores de salud enviados por la compañía no tenían la especialidad de tratar los efectos del petróleo en la salud humana.⁵⁴

Un comunicado de prensa de Transredes del siete de junio de 2000 consignó que más de 5 000 personas habían sido vistas por los médicos de la compañía: ninguna de ellas tenía síntomas relacionados al derrame.⁵⁵ La única referencia al petróleo en el informe médico de la compañía es la negación de la existencia de cualquier relación entre la salud humana y el petróleo en el río. Los posibles riesgos de salud a futuro no fueron analizados por el equipo médico de Transredes.⁵⁶

Para tratar las enfermedades y muerte de los animales de la región, Transredes trajo veterinarios de Santa Cruz, la ciudad tropical al Este de Bolivia, donde la compañía tiene sus oficinas principales. Los veterinarios llegaron de un lugar donde las llamas viven en el pequeño zoológico de la ciudad y tienen poca experiencia con los animales del Altiplano.

Don Teodosio, de la comunidad de Acopata, es un hombre de ojos cruzados que puede imitar perfectamente el gorjeo de los pájaros nativos. Aseguró que cuando los vete-

rinarios vieron a sus ovejas enfermas, diagnosticaron que la causa era el consumo de plantas venenosas. Y añadió: “los veterinarios no nos ayudaron, ellos culparon a cualquier cosa pero no al petróleo por la enfermedad de nuestros animales. Ellos se llevaron nuestros animales muertos en camiones, y nunca más supimos de ellos”.⁵⁷

En el mismo comunicado de prensa del 7 de junio, Transredes declaró que los veterinarios de la compañía habían revisado más de 250 000 animales, y que ninguno de ellos tenía síntomas relacionados al derrame.⁵⁸ Sin embargo, los informes de los veterinarios de la propia compañía contaron una diferente historia, notaron que los animales efectivamente mostraban señales de haber consumido petróleo.⁵⁹

El último fracaso de la asistencia de emergencia de Transredes fue su imposibilidad de conseguir comida para los animales hambrientos que no podían alimentarse sin peligro en las tierras contaminadas. Hans Moeller, el ex presidente del Foro Boliviano sobre Medio Ambiente y Desarrollo (FOBOMADE), una organización de la capital regional de Oruro, estaba presente en una reunión cuando Transredes ofreció comida para los animales de cierta comunidad, y contó:

“Saqué mi calculadora y descubrí que la cantidad que estaban ofreciendo era suficiente para que cada animal comiera 4 gramos de paja, el equivalente a tres fósforos, cada día por un mes; una ridícula cantidad para las ovejas considerando que comen al día uno o dos por ciento de su peso.”⁶⁰

Las familias dueñas de los rebaños tenían que escoger entre dos cosas malas: dejar que su ganado, su fuente de carne, muriera de hambre o pastara en tierras contaminadas. Las familias escogieron llenar los estómagos de sus animales.

La asistencia de emergencia de la compañía y la ayuda posterior resultó muy pequeña para las necesidades más básicas de las comunidades. Aunque Transredes presumió las brigadas médicas y veterinarias que había enviado a la región contaminada, así como también del suministro de agua para la gente y los animales sedientos, la realidad es que la gente y los animales enfermos no recibieron una adecuada atención y nunca les llegó el tan mencionado suministro de agua que la compañía prometió. El proceso de compensación a las comunidades por sus pérdidas demostró tener sus propios problemas.

El paquete de compensación de Transredes

Era evidente que el proceso de compensación de Transredes iba a ser problemático. Como cualquier otra corporación, Transredes funciona en una cultura documentada. Necesitan números asignados a los bienes para generar las cantidades de compensación necesarias. Necesitan estadísticas y estimaciones para calcular el valor del mercado. En las comunidades campesinas del Desaguadero,

donde los libros y bolígrafos casi no existen y donde el saber leer y escribir es un lujo escaso, Transredes dejó dos montones de formularios.

Al principio, las comunidades estaban alegres de estar involucradas en un proceso del que podrían sacar algún beneficio. En el desarrollo de más de 100 incidentes de contaminación medioambiental en Bolivia, ésta hubiera podido ser la primera vez que la gente afectada sería compensada por el error de una compañía.

El primer documento que se esperaba que las familias suscribieran requería que se afilien oficialmente a una comunidad. Transredes decidió unilateralmente que sólo ofrecería compensación a las comunidades, no a las personas como familias o individuos. El segundo documento era un formulario de reclamo, en el que se pedía a las familias que documentaran sus bienes específicos, cuantificando y poniendo valor a cada rebaño y cultivo de cada familia afectada. Este formulario de doble página no tenía sentido para mucha gente cuyos cultivos no son contados en kilogramos o dinero, sino que son destinados al consumo doméstico propio. Las tierras contaminadas que son de propiedad colectiva de las comunidades no podían ser incluidas en el paquete de compensación, ni el daño que se causó a las aguas del río Desaguadero. Las tres líneas designadas para “necesidades”, en la parte trasera del formulario, apenas tenían espacio para que se pueda escribir las necesidades de agua limpia, comida para animales o las demandas para compensaciones justas de la gente afectada.

Este proceso de compensación en realidad empezó antes de la limpieza del derrame, y, de hecho, era un prerrequisito necesario para ello. Transredes hizo saber a las comunidades del Desaguadero que la ayuda de emergencia llegaría y que la limpieza empezaría tan pronto como las familias se asociaran con una comunidad y llenaran los formularios de reclamos.⁶¹ Con estos formularios, y los acuerdos legales que siguieron, se inició el proceso de compensación de la compañía extranjera. Fue un proceso que involucraría a 127 pueblos.

La compañía prometió un “proceso de compensación abierto y honesto.”⁶² El primer paso después del llenado de los formularios fue el nombramiento de “evaluadores” para ayudar a las comunidades a cuantificar el daño causado por el derrame. A su vez, estos evaluadores de la comunidad trabajarían con los evaluadores que representaban a Transredes para negociar el monto de las compensaciones. Las comunidades rurales afectadas, sin embargo, no tenían los recursos para encontrar o pagar a un evaluador. Por el contrario, tuvieron que recurrir a los profesionales que pagaba Transredes, y en algunos casos, a los que la propia compañía había contratado.⁶³ Según algunos residentes, algunos de estos evaluadores “independientes” trabajaron con justicia para las comunidades que representaban. En otros casos, las comunidades reclamaron que sus evaluadores estaban más aliados con los intereses de Transredes que con ellos. Juntos, los dos evaluadores acordaron un monto de compensación para cada comunidad, la cual incluiría “todo daño y perjuicio, directo o indirecto, presente o futuro.”⁶⁴ Debido

a los acuerdos legales firmados al principio del proceso, los montos establecidos no podrían ser cuestionados por los miembros de las comunidades.

Aunque los montos de compensación ofrecidos eran mínimos y no llegaban a compensar los verdaderos daños causados por la compañía, las comunidades cansadas y desesperadas firmaron los acuerdos legales como se los presentaron. Los miembros de la comunidad de Ulloma admitieron su cruel realidad en ese momento: “No teníamos otra opción más que firmar. No firmar significaba que no recibiríamos nada,” dijo uno de ellos.⁶⁵ Nadie, ni siquiera el gobierno boliviano, estaba allí para decirles cuáles eran sus derechos. Las firmas de los líderes de las comunidades, al final del contrato de compensación de Transredes, también le dieron a la compañía algo que sus abogados deseaban mucho; la renuncia de los derechos de las comunidades a hacer reclamos posteriores contra Transredes por el daño causado por su petróleo.⁶⁶

Don Vidal me despertó justo antes del amanecer. Yo había armado mi carpa al lado del camino a El Choro cuando empezó la lluvia la noche anterior. El hombre, de espalda amplia y brazos esculpidos por el trabajo en el campo, me gritó dentro de mi carpa como si las paredes fueran a prueba de ruidos. “Esto parece una nave espacial,” comentó sobre mi carpa. Don Vidal me contó que no comprendió las condiciones del contrato. “Queríamos negociar con Transredes y llegar a un justo acuerdo; no tener un contrato que nos impusieron y que no entendíamos.”⁶⁷

La compensación recibida por las comunidades también falló en tomar en cuenta los efectos del derrame a largo plazo. No habría un reembolso por el ganado que naciera muerto, animales con deformaciones, la reducción de leche que los animales producían, problemas futuros de salud o la recuperación lenta y dolorosa de los pastos de pastoreo a lo largo del río.

Los acuerdos que Transredes presionó a las comunidades a aceptar llegaron justo en el momento en que la gente del Desaguadero necesitaba urgentemente ayuda. En ciertos casos, la compañía no prestó ayuda de emergencia hasta que los papeles estuvieran firmados. Enfrentados a la espantosa necesidad de comida para su hambriento ganado y agua limpia para sus niños, muchas comunidades consintieron en firmar los acuerdos sin hacer ninguna pregunta. La gente de la comunidad de Ulloma aseguró que con el contrato en mesa y el bolígrafo en mano, Transredes les dijo: “firmen primero, y tendrán un veterinario.”⁶⁸ El FOBOMADE, la institución medioambiental que apoyó a las comunidades afectadas, aseguró que la gente rural pobre fue chantajada para firmar los acuerdos si querían recibir asistencia de emergencia.⁶⁹

El logro de Transredes en conseguir las firmas de las comunidades para sus acuerdos legales y completar los trámites no sólo se debió a la desesperación de la gente del desaguadero, sino también al trabajo de los Oficiales de Enlace de la Comunidad (*Community Liaison Officers*, CLO) contratados por la compa-

ña. Este pequeño equipo contratado de antropólogos bolivianos, sociólogos y trabajadores sociales, hablaba las lenguas nativas y entendían las complejidades culturales de la estructura social a lo largo del río. Veinticinco personas fueron empleadas como CLO bajo la dirección de ERM, la firma británica que manejaba la campaña de relaciones públicas de Transredes.⁷⁰

Uno de los contratados por CLO de Transredes era un antropólogo boliviano que se escondía bajo una gorra de baseball. Se rehusó a dejarme grabar nuestra conversación o usar su nombre. En un café en la capital regional de Oruro, él susurraba la palabra Transredes cada vez que la mencionaba. Dijo que los trabajadores de CLO tenían mala reputación, ya que eran acusados de trabajar para Transredes en vez de para Bolivia. También dijo que seis años después todavía estaba espantado por el trabajo que lamenta haber tomado.⁷¹

Los informes de CLO documentaron que uno de las grandes dificultades para conseguir que la gente afectada firmara los documentos, era el resultado de la existencia de “líderes de la comunidad con una ideología contraria a la de la compañía.”⁷² Lo que Transredes calificó como diferencia ideológica, realmente eran las demandas de las comunidades de obtener una justicia básica. Los trabajadores de CLO se convirtieron en una herramienta esencial para que la compañía obtuviera las firmas en los contratos legales de Transredes y de esa manera amarrara oficialmente a las familias afectadas dentro del plan de compensación de la compañía.

La compañía toma control de la información científica

Según las muestras de laboratorio de Transredes que fueron recogidas por los científicos contratados por la compañía y enviadas a Estados Unidos para analizarlas, el derrame sobre el Desaguadero no constituyó un desastre medioambiental. El laboratorio *Arthur D. Little Labs*, con base en Houston y Boston, aseguró que la mayoría del petróleo se había evaporado.⁷³ El análisis del agua de la compañía mostró niveles muy bajos de hidrocarburos, concluyendo que no había riesgo en curso para la población o el ganado.⁷⁴

Análisis independientes del agua y del suelo, sin embargo, revelaron diferentes resultados. El Comité Cívico de Oruro se rehusó a aceptar que la destrucción medioambiental era tan mínima, e hizo los arreglos para que la empresa *Patch Services* de Canadá recogiera muestras a las orillas del río para ser analizadas por un laboratorio independiente en Alberta, Canadá. Patch encontró cantidades significativas de petróleo en las muestras recolectadas.⁷⁵ Según sus investigadores:

Si no se toman acciones positivas, el petróleo residual persistirá en el área afectada por un largo periodo de tiempo. Las propiedades químicas y físicas del petróleo limitan

severamente la extensión de la recuperación de un ecosistema sin intervención. La vida de las plantas y animales será negativamente afectada durante el periodo que se permita que el petróleo no sea tratado.⁷⁶

El hecho de que el río Desaguadero no tenga entrada ni salida al mar hace que su cuerpo de agua sea especialmente sensible a la contaminación. Desafortunadamente para la gente que vive en las tierras cerca del Desaguadero, los resultados científicos de Transredes se utilizaron como base para cuantificar el daño hecho y así determinar una compensación “justa.”

La compensación envuelta en un paquete de CARE

Otorgar compensación a las comunidades no iba a ser tan fácil como escribir un cheque. Transredes se ocupó de este desafío como lo había hecho antes uno de sus parientes corporativos, Shell, en Nigeria.⁷⁷ Contrató a la bien conocida organización de desarrollo internacional, CARE, para manejar el proceso de compensación en beneficio de la compañía. El contrato firmado entre las dos instituciones decía que CARE “iba a cambiar un simple proceso de compensación en una contribución al desarrollo sostenible de una región muy pobre.”⁷⁸

El director de CARE en Bolivia, Víctor Rico, me dijo, aún antes de que le preguntara, que la cantidad de dólares para la compensación ya estaba determinada antes de que CARE entrara en el proceso.⁷⁹ La organización internacional de cooperación imprimió una cara humanitaria al proceso de Transredes y se le pagó más de 800 000 dólares por sus servicios.

Según Transredes, el programa de compensación que CARE manejó cambiaría la vida de la gente a las mismas o mejores condiciones que antes del derrame.⁸⁰ Las compensaciones en dinero efectivo nunca fueron consideradas una opción; otra decisión tomada unilateralmente por la compañía.⁸¹ En cambio, las comunidades podrían optar por contribuciones tales como tierra, animales o maquinaria, o elegir proyectos para la comunidad tales como la construcción de caminos, instalación de electricidad o desarrollo turístico.

Las comunidades de El Choro decidieron llevar adelante un proyecto de rehabilitación del suelo para mejorar las condiciones de la tierra para el cultivo. Muchas comunidades juntaron el dinero de sus compensaciones para comprar un tractor. Su proyecto también incluyó entrenamiento para operaciones de mantenimiento de la maquinaria. Seis años después el tractor yace oxidado y roto; la maquinaria metálica se arruinó debido a las severas condiciones climáticas del Altiplano.

Don Vidal, el hombre que pensó que mi carpa era una nave especial, se quitó el sombrero para enjugar su sudor. Sacudió su cabeza y dijo que las partes para arreglar el tractor son demasiado caras y se encuentran demasiado lejos.

El frío mes de invierno que pasé en Acopata me reveló cómo otro de los proyectos de compensación de CARE resultó ser mejor en teoría que en la realidad. La organización de ayuda otorgó a los miembros de la comunidad suficientes ladrillos y cemento como para construir casas con puertas de metal, techos de estaño y una ventana; una habitación de 75 metros cuadrados. La gente de la región construyó sus propias casas. En el frígido invierno del Altiplano de 2006, encontré muchas de esas casas vacías. Las familias optaron por dormir en sus casas de adobe, las cuales, según ellos, les proveían mejor aislamiento del frío que el ladrillo y el concreto.

Don Benedicto es un pescador Uru a quien le faltan dos dientes frontales y vive en el lago Poopó. Nos explicó que el proyecto de compensación de CARE en su comunidad fue comprar un carro usado que hiciera más fácil el camino de los pescadores al lago Titicaca. El carro duró sólo un año. Se arruinó y el pueblo no tenía los recursos para repararlo. Esta valiosa máquina para la comunidad sirve ahora para que jueguen los niños.

Los funcionarios de Transredes afirman que “no hay duda que éste era el modelo de compensación que mejores resultados y beneficios trajo a la población y al desarrollo local.”⁸² La evidencia física y los testimonios de comunidad en comunidad, sin embargo, cuentan una historia que no proclama el mismo nivel de éxito.

¿Cómo fue que ninguno de estos proyectos reparara el daño medioambiental causado por el derrame de petróleo?, ¿Cómo fueron manejados temas pertinentes tales como agua o comida para animales? Mientras en teoría el desarrollo de los proyectos y donaciones eran equivalentes al daño hecho por el derrame, la realidad en el terreno después de los procesos de compensación mostró que ello estaba muy lejos de ser así. Los animales comprados como reemplazo de los que habían muerto o se habían enfermado, tuvieron que pastar en las tierras contaminadas y continuaron bebiendo el agua infestada.

Desgarrados y descoloridos calendarios de CARE estaban clavados en las paredes de adobe o ladrillo de varias casas que visité en mis viajes a lo largo del Desaguadero. En la parte superior del calendario se lee: “es el tiempo para tomarnos de las manos y, juntos, salir de la pobreza.”

CARE distribuyó el equivalente de 1,2 millones de dólares a menos de 4 000 familias a través de varios proyectos.⁸³ Esto es como 60 dólares por persona afectada, cifra similar al salario mínimo mensual en Bolivia.⁸⁴ Los 818 372 dólares que CARE recibió como pago por su trabajo eran equivalentes a 68 centavos por cada dólar que distribuyó en los programas de compensación.⁸⁵

Al final, el monto total de la compensación directa otorgada a las comunidades llegó a ser menos de 2,5% de los 48,2 millones de dólares que la compañía

afirmó haber gastado después del derrame.⁸⁶ Según el presupuesto presentado por la compañía a los funcionarios gubernamentales, el costo del trabajo de aviones y helicópteros sobrepasó la cantidad otorgada a las comunidades. A los evaluadores se les pagó un total de 500 000 dólares, en “seguridad” se gastaron 80 000, y se pagó más de 70 000 dólares en llamadas de larga distancia.⁸⁷ Transredes también pagó a sus compañías madre, Enron y Shell, el equivalente de dos tercios de la compensación otorgada a las comunidades, por sus “servicios profesionales.”⁸⁸

III. Las comunidades en busca de justicia

“¡Que muera Transredes!, ¡Que muera la contaminación!” gritaban los manifestantes enardecidos.⁸⁹ Los campesinos bolivianos y las familias que viven cerca del río Desaguadero expresaron su enojo de la mejor manera que sabían: realizaron manifestaciones. Después del derrame, una y otra vez, las comunidades afectadas por el desastre marcharon a la capital regional de Oruro y a la sede del gobierno nacional, La Paz, para demandar acciones. Algunas veces los manifestantes llevaban sus animales vivos caminando al lado de ellos o muertos, cargados en sus hombros. El mismo día en que Transredes llegó al Desaguadero en helicópteros, más de 1 500 personas habían abandonado sus pueblos y hogares para protestar. Su mensaje era simple:

Exigimos que la máxima autoridad de Transredes encuentre una inmediata solución al daño causado, que se nos compense por las miles de cabezas de ganado en riesgo y por las hectáreas de forraje contaminado por el petróleo.⁹⁰

Entre los que marchaban estaban miembros de la nación Uru. Los urus son los habitantes originarios del lago Poopó y es considerado como uno de los grupos indígenas más antiguos y marginalizados en Bolivia. Como son familias de pescadores, frecuentemente pasan la noche en sus botes de totora hechos a mano en el lago, donde pescan pequeños pejerreyes con estrechas redes hechas por ellos mismos. Los urus también cazan flamencos rosados en el poco profundo lago, y buscan los huevos de patos salvajes escondidos en los brotes de paja. Los urus son dependientes de la vida en el lago. Don Rufino, un hombre que parece que siempre llevara lápiz labial verde en los labios, por la masticación de hojas de coca, es uno de los líderes de los urus. Él nos comentó:

No tenemos ningún título oficial que nos haga dueños del lago. En el papel, no somos reconocidos como los habitantes de esta tierra o de este lago; ésta fue nuestra lucha más grande cuando tratamos de reclamar a Transredes por los daños causados. La compañía sabía que no teníamos los papeles y la ley boliviana estaba del lado de Transredes.⁹¹

El presidente de la Nación Originaria Uru, durante el tiempo del derrame, Juan Condori Mamani, explicó:

Ya no existen los peces y pájaros del lago. Hay algunos flamencos, pero no suficientes para cazarlos y deshidratarlos para poder venderlos. La gente dice que nuestra carne está contaminada. Los niños no están asistiendo a la escuela porque están enfermos... nadie nos está ayudando, no tenemos medicinas ni contamos con los médicos de Transredes. Ni siquiera nos han dado la comida que nos prometieron.⁹²

Transredes sostuvo que el lago Poopó, el descanso final de las aguas del río Desaguadero, no estaba contaminado.⁹³ “Nosotros no confiamos en Transredes,” gritaron los manifestantes.⁹⁴ Después de que sus reclamos no fueron escuchados en Oruro, 60 de ellos marcharon hacia La Paz. Finalmente, Transredes y la Nación Uru firmaron un acuerdo, incluyendo a los urus del Poopó a la lista de comunidades que recibirían compensaciones.

Dos comunidades se oponen al proceso de Transredes

Las comunidades de Chuquiña y Japo eligieron otra forma de resistencia: una acción judicial en las cortes bolivianas. Dos meses después del derrame, las comunidades encontraron un aliado en el Centro Legal para Asuntos de Interés Público (CLAIP), un grupo de jóvenes activistas y abogados en La Paz. Para el beneficio de ambas comunidades, CLAIP llevó adelante un juicio civil contra la compañía, en julio de 2001, demandando 14 millones de dólares. Japo y Chuquiña inicialmente se rehusaron a permitir que el equipo de limpieza de Transredes entrara a sus tierras, temerosos de que Transredes removiera la evidencia del derrame.

En Oruro, las oficinas temporales de Transredes tuvieron que ser cerradas por razones de seguridad debido a las amenazas de las comunidades: Turbas de pobladores de Chuquiña rompieron ventanas, interrumpieron las reuniones de CLO, y arrojaron piedras a los vehículos de Transredes. En un momento dado y en respuesta a la decisión de la compañía de reducir a la mitad el número de trabajadores de limpieza, miembros de la comunidad secuestraron a funcionarios de Transredes y a cuatro camiones que conducían. Ellos juraron que continuarían su resistencia “hasta que la compañía limpiara todas las áreas afectadas para evitar la muerte de 12 000 animales.”⁹⁵

Don Saúl Apaza siempre lleva gafas de aviador y una chaqueta de cuero. Es un campesino que trabaja en irrigación, que es líder de Japo y que luchó contra la compañía extranjera. “Ellos se estaban burlando de nosotros. Sabíamos que Transredes había causado un daño grande en nuestras tierras y nuestras vidas. Sabíamos que al firmar sus documentos estaríamos dándoles el control de la situación. Y sabíamos nuestros derechos.”⁹⁶

Después de dos años de batallas legales y manifestaciones, Chuquiña y Japo lograron acuerdos con Transredes. A ambas comunidades se les otorgó una mayor compensación que a las otras, aunque todavía era una pequeña porción de su demanda original por 14 millones de dólares. La gente de Chuquiña recibió 450 000 dólares mientras que Japo obtuvo 476 000 dólares.⁹⁷ Ambas comunidades piensan que el daño hecho a su ganado y tierra sobrepasa el dinero que recibieron.

El silencio del gobierno boliviano

Cualquiera habría esperado que fuera el gobierno boliviano el primero en responder a este desastre. Pero la respuesta inicial de Ejecutivo, bajo el mando del presidente Hugo Banzer Suárez, puede ser descrita en una sola palabra: silencio. Según la ley de medioambiente de 1992 de Bolivia, la contaminación de vías fluviales constituye un crimen medioambiental y debería ser automáticamente causa de investigación criminal y procesamiento.⁹⁸ Aunque el derrame de hidrocarburos está incluido en la ley como crímenes serios medioambientales, el gobierno boliviano no inició ningún procedimiento criminal contra la compañía. Neisa Roca, la ministra de Medioambiente en ese tiempo, expresó su incapacidad de actuar en una entrevista concedida a un periódico de La Paz:

¿Ud. sabe cuánta gente trabaja para mí? Uno, dos y tres, (ella contó con sus dedos)
¿Qué más quiere que haga? ¿Qué me corte las venas? ¿Ud. cree que esto es Suecia?
¿O no se ha dado cuenta cómo funciona este país?⁹⁹

En mayo de 2003, una delegación de estudiantes y docentes de la *Fordham University Law School*, una universidad de derecho en la ciudad de Nueva York, llegó a Bolivia para investigar y analizar el desastre del Desaguadero, desde una perspectiva de la ley internacional de derechos humanos, documentando violaciones tanto de la compañía como del gobierno boliviano. Los informes de los académicos de Fordham sugieren que la compañía extranjera e incluso la embajada estadounidense presionaron a las autoridades bolivianas a que trataran con favoritismo a Transredes.¹⁰⁰ Según el estudio, el gobierno de Bolivia no hizo respetar la ley adecuadamente debido al miedo de ahuyentar la inversión extranjera.¹⁰¹ La única institución suficientemente poderosa como para responsabilizar a Transredes, el gobierno de Banzer, se quedó silenciosamente al margen.

El Congreso de Bolivia, por otro lado, hizo oír su voz desde el principio. Los congresistas representantes de la región del derrame acusaron a la compañía de haber mentido al asegurar que el oleoducto tenía una perforación del tamaño de una pequeña moneda, cuando en realidad el oleoducto se había roto por completo.¹⁰² En agosto de 2000, ocho meses después del derrame, la Superintendencia de Hidrocarburos actuó finalmente. La agencia de gobierno multó a la compañía con 110 000 dólares por no haber mantenido en buenas condiciones el oleoducto

de la compañía que cruza el río Desaguadero, una cantidad igual a menos del 10% del uno por ciento del ingreso neto de operaciones de la compañía en 2005.¹⁰³ A pesar de esta insignificante cantidad, Transredes apeló la resolución a la Corte Suprema de Bolivia, pero su apelación fue rechazada.¹⁰⁴ En comparación, cuando la compañía petrolera de Brasil, Petrobras, fue responsable de un derrame de más o menos del mismo tamaño, en el río Iguazú el año 2000, las autoridades brasileras multaron a la estatal petrolera con 28 millones de dólares.¹⁰⁵

Las organizaciones no gubernamentales dividen en vez de organizar

En la ausencia de una contundente respuesta del gobierno, las comunidades aisladas recurrieron a otros aliados. En las semanas y meses siguientes al derrame, cientos de representantes de las comunidades se unieron a instituciones civiles y sin fines de lucro, además de la Federación de Campesinos de Oruro, el Comité Cívico de Oruro, el Centro de Investigación y Servicio Popular (CISEP), los campesinos regantes de Oruro, y FOBOMADE para organizar un esfuerzo unido que exija asistencia y compensación. De principio a fin, el trabajo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) enfrentó serias divisiones, que algunos líderes culparon a las tácticas de Transredes, tales como la intimidación y las coimas.¹⁰⁶

Felipe Coronado, presidente de la boliviana Liga de Defensa del Medio Ambiente (LIDEMA) sostuvo que Transredes “se preocupó más por su espectáculo mediático que por lo que hizo por el sufrimiento de las personas que viven a las orillas del Desaguadero.”¹⁰⁷ FOBOMADE, fue una de las instituciones más íntimamente involucrada en las consecuencias del derrame. Dicha organización consideró que la riada de comunicados de prensa de Transredes, posteriores al derrame era solo propaganda.¹⁰⁸ El ex presidente del Foro, Hans Moeller, explicó la constante lucha para poder abrir procesos a más instituciones que sólo a las dos parcialidades privadas:

El conflicto era totalmente asimétrico. Por una parte estaba la compañía, que manejaba importantes recursos y tenía el apoyo del silencio gubernamental. Por otro lado estaban las comunidades, sin apoyo y sin recursos. Yo sabía que las comunidades necesitaban ayuda de afuera, y me di cuenta muy rápidamente que la compañía estaba llena de mentiras, mentiras y más mentiras. Las comunidades fueron presumiblemente presionadas por Transredes para disociarse de entidades como FOBOMADE. Nuestra responsabilidad era servir como aliados, y no pudimos hacerlo apropiadamente.¹⁰⁹

Según Moeller, mucho más de 5 000 barriles se habían derramado dentro del río. Estimaba que al menos 18 000 barriles habían salido a chorros del oleoducto, una cifra que más tarde sería documentada oficialmente en 29 000 barriles.¹¹⁰ Moeller, que ha trabajado más de 40 años en temas de justicia medioambiental, afirmó que había recibido llamadas amenazantes de Transredes y que gente intimidante se apostó fuera de su oficina y lo seguía cuando iba a almorzar.¹¹¹

Los colegas compañeros de Moeller en FOBOMADE, todos ellos voluntarios, decidieron dejar de trabajar en el proyecto por miedo a la compañía así como por las dudas de que Transredes estuviera tan equivocada en sus estimados del derrame. Moeller dijo:

Mis colegas estaban nerviosos, tenían miedo; algunos abandonaron la reunión. Ellos argumentaban: “¿Cómo es posible que estas grandes compañías como Enron o Shell vayan a equivocarse en la cantidad de petróleo en 1 500 por ciento? No pueden estar tan equivocadas.” Estas personas pensaron que iban a perderlo todo y no querían pelear contra tal poder... Transredes tuvo mucho éxito en asustar o coimear a los responsables de defender a la gente de la región del río.¹¹²

Cuando el gobierno falló en representar a la gente afectada, las organizaciones no gubernamentales fueron lógicamente sus otros únicos aliados, aun cuando no podían representar adecuadamente los intereses de la gente afectada en las comunidades del Desaguadero.

IV. El gran abismo entre lo que Transredes afirmaba y la realidad de las consecuencias del desastre

El 5 de octubre de 2005, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) puso el decorado en la torta de la victoria de las relaciones públicas de Enron y Shell en la revista BID América. En un artículo titulado “Cómo un derrame de petróleo ayudó a una compañía energética boliviana a convertirse en un ejemplo de ciudadanía corporativa,” el BID aplaudió la rápida repuesta al desastre:

Era el tipo de desastre que da a la industria petrolera un mal nombre... Así como el derrame de petróleo de 1989 [del Exxon] Valdez en Alaska, dejó una mancha permanente en la imagen de Exxon Corp., el incidente en el Desaguadero podía haber arruinado la reputación de Transredes en Bolivia... Pocas horas después de detectarse la ruptura, Transredes contrató un equipo de especialistas... Transredes también compró y entregó toneladas de forraje a las áreas afectadas donde las tierras de pastoreo habían sido contaminadas y contrató 11 calificados veterinarios a tiempo completo que ayudaron a las comunidades afectadas a tratar cualquier ganado que se pusiera enfermo. Seis meses después del derrame, Transredes anunció que no había más cantidades tóxicas de petróleo en el área. Los pequeños trazos de petróleo que quedaban eran repetidamente analizados para asegurar que no eran peligrosos para la gente o los animales. Gracias al tratamiento ofrecido por los veterinarios, ninguna oveja o res murió como resultado del derrame, y virtualmente casi toda la vegetación afectada ha sido recuperada.¹¹³

Desde la distancia de una oficina en Washington DC, sería fácil creer en las muchas afirmaciones de Transredes, y concluir que las compañías de Enron y

Shell habían hecho lo que era necesario para reparar lo que fue destruido. Pero cuando uno está cerca del río mismo, los exitosos informes del BID y Transredes se alejan más de la realidad que enfrentan aquellos que todavía viven, años más tarde, con las consecuencias del desastre.

Una auditoría medioambiental revela nuevos hechos

Algunas de aquellas realidades serían reveladas dos años después del derrame, en las conclusiones de una auditoría medioambiental que finalmente rompió el silencio del poder Ejecutivo boliviano. En respuesta a la presión de instituciones tales como FOBOMADE, las comunidades afectadas y los medios de comunicación bolivianos, el Ministerio de Desarrollo Sostenible ordenó una auditoría, la primera de este tipo en Bolivia. El gobierno no tenía los recursos para pagar 1,3 millones de dólares por la investigación. Transredes recibió la orden de pagar por ella y contrataron a la organización servicios ambientales (ENSR), que tiene sus oficinas principales en Westford, Massachussets, EE.UU. La subsidiaria boliviana de ENSR, localizada en Santa Cruz, también colaboró en el proceso. Según el sitio web de la firma, “evaluó los impactos medioambientales y socioeconómicos del derrame.”¹¹⁴

El informe publicado en junio de 2001, un año y medio después del derrame, tiene cientos de páginas y voluminosos anexos. La auditoría basó la mayoría de sus conclusiones en los controversiales resultados iniciales de laboratorio realizados por los científicos importados por Transredes, las mismas conclusiones medioambientales utilizadas para cuantificar los montos de compensación. Poniéndose del lado de la compañía, la auditoría concluyó que el agua, suelo y muestras de sedimento no contenían niveles de contaminación peligrosos.

Sin embargo, enterrado en lo profundo de los anexos de la auditoría, hay otro estudio que investigó más profundamente el daño a largo plazo que Transredes dejó atrás. El estudio fue dirigido por un boliviano, el Dr. Roger Carvajal, un bioquímico y profesor de posgrado de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Carvajal remarcó una larga lista de conclusiones científicas inconsistentes y manipuladas en los hallazgos de Transredes. Por ejemplo, el informe de Transredes, que concluyó que el daño revelado en las muestras de sedimento estaba dentro de los límites internacionales, no lo estaba.¹¹⁵ Carvajal también detalló cómo la compañía hizo aparecer resultados peligrosos para que no lo parecieran por medio de la alteración de fórmulas de medición.¹¹⁶ El llegó a muy diferentes conclusiones que las de los expertos extranjeros contratados por Transredes con respecto a las consecuencias del desastre sobre la salud. Él escribió: “es razonable esperar significantes efectos en la salud de humanos, animales y plantas vivas como consecuencia del derrame.”¹¹⁷ Carvajal se refirió a los problemas potenciales a largo plazo como tumores, leucemia, deficiencias en el sistema inmunológico y otras enfermedades degenerativas.¹¹⁸

La auditoría de ENSR subrayó las advertencias contenidas en los documentos de inspección anteriores al derrame de Transredes, y cómo la compañía ignoró dichas advertencias. ENSR declaró que los trabajos de respuesta de Transredes fueron insuficientes y sin coordinación. Al mismo tiempo, criticó el programa de emergencia de donación de agua que trajo como consecuencia que casi la mitad de la gente afectada consumiera aguas contaminadas. Denunció a la ayuda médica y veterinaria por ignorar los impactos del derrame sobre la salud. Censuró a Transredes por no referirse al daño causado a la vida silvestre tales como peces, docenas de especies de pájaros silvestres nativos de la región, o de vicuñas, un animal parecido a la llama, que está en la lista de especies en peligro del Servicio Federal de Peces y Vida Silvestre de Estados Unidos. ENSR también criticó la omisión de la compañía de enfrentar el tema de animales nacidos muertos o deformados, que había sido informado repetidamente en los medios de comunicación bolivianos.¹¹⁹

Finalmente, la auditoría de ENSR consideró que el paquete de compensación de la compañía había sido demasiado complejo, definido unilateralmente y no proporcional al daño causado.¹²⁰ Posteriormente, el Ministerio de Desarrollo Sostenible ordenó a la compañía pagar casi el doble de lo que las comunidades habían recibido originalmente; 3,7 millones de dólares más por el daño causado por el petróleo de Transredes, así como también 2,2 millones de dólares por la destrucción de las praderas nativas.¹²¹ Basado en los resultados de la auditoría, el gobierno boliviano multó a Transredes con 1,9 millones de dólares, una suma que desde entonces ha sido reducida a 1,3 millones de dólares, y que hasta el año 2007, todavía no había sido pagada. Según un periódico de Estados Unidos, una visita de la ex embajadora estadounidense en Bolivia, Donna Hrinak, al ministro de Desarrollo Sostenible, Luis Carvajal, efectivamente previno que esta multa fuera cumplida.¹²²

Los falsos alegatos de la compañía

Tomás, de Acopata, tenía una historia que contar: “Fui rechazado por el proceso de compensación. Yo vivo a 20 minutos del río, mis ovejas –aunque son pocas– se alimentan del follaje del río y beben del río. No pude probar que fui afectado. Yo no tenía evidencias de que mis ovejas se enfermarían.” Tomás tiene una mirada amable, manos ásperas y un sombrero sucio y descolorido que él mismo se hizo. Estaba más motivado a hablar conmigo sobre los métodos para conseguir dinero de Transredes hoy, que hablarme de su historia del rechazo que recibió el 2000. “He viajado a Oruro, incluso a Santa Cruz, con la intención de conseguir el dinero que merecía de la compañía petrolera. Ellos ni siquiera me reembolsaron el costo del pasaje del bus. He perdido dinero por Transredes y mi tierra ha perdido vida.”¹²³

Aunque Transredes declare haber compensado a la gente afectada del Desaguadero, historias tales como las rogativas de Tomás, son completamente diferentes.

Ningún tema destaca mejor la amplia brecha existente entre las declaraciones de la corporación y los aplausos del BID versus lo que realmente pasó a lo largo del río, como es el asunto de la enfermedad y muerte de los animales como resultado directo del derrame.

Repetidamente, Transredes aseveró que ni un sólo animal estaba enfermo o había muerto como resultado de cuatro mil kilómetros cuadrados afectados por el derrame petrolero. En un comunicado de prensa del 8 de marzo de 2000, Transredes afirmó que los 11 veterinarios que viajaron por la región no encontraron ninguna evidencia de animales enfermos como resultado de intoxicación de petróleo. Dicho comunicado detalló que “en todos los casos reportados hasta la fecha... los animales domésticos tenían enfermedades no relacionadas al derrame.”¹²⁴ En junio, cinco meses después del incidente, la compañía aseguró haber visto a más de 250 000 animales en la región e informó que los veterinarios de la compañía “atendieron a 10 000 animales por enfermedades no relacionadas al derrame de petróleo.”¹²⁵ La auditoría medioambiental, publicada dos años más tarde, confirmó las denuncias de las comunidades de que la salud de sus animales estaba verdaderamente afectada por el derrame. La auditoría declaró que “aproximadamente 40% de los diagnósticos de los animales [muertos o enfermos] estaba relacionado al consumo de toxinas de petróleo.”¹²⁶

Es imposible calcular el número de animales que murieron como resultado de este derrame. Doña Ignacia perdió dos llamas y cinco ovejas, Doña Porfirio perdió ocho ovejas, Don Samuel Apaza dice que cientos de animales de la comunidad de Japo cayeron enfermos o murieron a causa del derrame. Si las cifras reportadas por el muestreo de las familias entrevistadas son consistentes entre las 4 000 familias compensadas, el número de animales muertos podría fácilmente alcanzar los miles.

Don Saúl Apaza, uno de los líderes de una de las comunidades que resistieron a Transredes, me mostró una foto de una vaca con dos cabezas, nacida en una casa de la vecindad. Como consecuencia del derrame, nacieron muertas ovejas con lenguas que llegaban al suelo, con un solo ojo o con piernas de diferentes tamaños.

Los animales nacidos muertos y deformes han significado grandes pérdidas para la gente que cuenta sus bienes en ganado. Aún hoy, la gente del río se queja de que es común encontrar animales nacidos muertos y enfermos como resultado del derrame, algo por lo cual nunca recibieron compensación. A pesar de toda la evidencia, como los cuerpos de animales muertos llevados por las familias por kilómetros para comprobar sus pérdidas y las fotografías de las autopsias de animales que mostraban petróleo adentro de ovejas y llamas, los funcionarios de Transredes se rehusaron a reconocer siquiera a sólo un animal muerto como resultado del derrame. En cambio, Transredes confía en aseveraciones teóricas basadas en la cantidad de petróleo que un animal puede consumir de acuerdo con

su peso, para que su salud se viera afectada.¹²⁷ Siete años después, la compañía reafirma que “ni un sólo caso es atribuido al consumo de petróleo crudo.”¹²⁸

V. El legado del desastre: lecciones aprendidas

Don Santiago Castillo Ramos nació justo al otro lado del río, en frente del pueblo de Ulloma. Dejó el campo para vivir en La Paz, hace dos docenas de años, pero sus padres todavía ocupan la misma casa donde él nació. Su madre y su padre solo hablan aymara y nada de español, pero constantemente se comunicaban conmigo a través de generosidad y sonrisas. Pese a que han vivido en las riberas del río Desaguadero por más de 50 años, y lo negro del derrame de petróleo “se convirtió en nuestro patio,” según Don Santiago, su familia no fue incluida en el proceso de compensación de la compañía. “No era suficiente prueba para Transredes que nuestra casa esté exactamente aquí, que vivimos exactamente aquí, que nuestros animales están exactamente aquí. No tenemos papeles que certifiquen eso. La compañía usó la ley a su conveniencia y la descartó cuando no le convenía.”¹²⁹

La vida en el campo usualmente evoca imágenes de las riquezas de la tierra. En el Altiplano boliviano, sin embargo, el observador no acostumbrado, verá una estéril monotonía; vida vegetal repetitiva, un sol brillante, frío que quema y una planicie continua que finalmente conduce a las montañas. La verdad es que pocos que no hayan nacido en esta alta planicie podrían escoger una vida tan difícil para sí mismos.

En estas planicies altas a lo largo del río encontré historias humanas no incluidas en los informes de Transredes, CARE o el BID. Encontré historias que han sido silenciadas, unas que ruegan por el pasto que existía antes del derrame, y que claman para que los animales no nazcan muertos. La gente aquí, ahora, recuerda con dulce y amarga nostalgia qué fácil era encontrar huevos de patos silvestres con yemas más amarillas que el sol. La gente aquí con mucho miedo se pregunta ahora qué misteriosa enfermedad podría llegarles.

El río Desaguadero está lleno de rostros: mujeres de apenas un metro y medio de altura, descalzas, que cargan a sus *wawas* (niños) en las espaldas; hombres con dedos como cuero que salen de sus sandalias hechas de llantas de carros reciclados y niños que caminan kilómetros para llegar a sus escuelas que ni siquiera tienen libros.

Enron y Shell nunca vieron estas caras.

En una conferencia del BID el año 2003, un funcionario de Transredes, Tony Henshaw, afirmó que “una compañía debe medir y manejar no sólo su impacto en el medioambiente, sino también en la salud y seguridad de riesgos para sus empleados y vecinos, y verdaderamente, los impactos en la sociedad entera.”¹³⁰ Pero ¿qué lecciones pueden ser aprendidas de esta historia en el

Altiplano? ¿Qué se puede aprender de esta historia de un desastre ambiental y sus consecuencias?

Primero, el derrame y sus consecuencias permitieron un choque de culturas. Transredes opera en un mundo corporativo de empresas internacionales, un ambiente en el cual los números y los papeles legales son esenciales para hacer funcionar sistemas de medición, manejo y control. Sus objetivos tratan sobre inversión y retorno de ganancias y, en un incidente de desastre como el de enero de 2000 en Bolivia, acerca de minimizar costos. La compañía sabe muy bien cómo usar las herramientas de relaciones públicas, de maniobras legales y de presiones políticas sutiles para defenderse cuando comete un error, especialmente uno enorme como el de las riberas del Desaguadero. En los confines de su sede principal en Santa Cruz, al estudiar el derrame en el papel, los funcionarios de Transredes todavía creen, o pretenden creer que ningún animal murió debido al desastre en miles de kilómetros cuadrados del que fueron responsables, que nadie se enfermó por más de una semana y que ahora el suelo a lo largo del Desaguadero es mejor que antes por haber estado inundado de petróleo.

La gente de las riberas del río, sin embargo, que fue forzada a aguantar los resultados del desastre de la compañía, vive en un mundo enormemente diferente. Lo que la gente posee no está registrado. Sus bienes no están cuantificados, como tampoco lo es la *Pachamama*. Ellos saben muy poco de abogados, procedimientos contables o de cómo defenderse del poder de dos gigantes corporaciones extranjeras. Cuando el golpe vino en forma de un extraño río negro, las comunidades nunca tuvieron una oportunidad.

Es precisamente en estas situaciones en que los gobiernos deben servir como protectores de su gente. Sólo los gobiernos tienen los recursos y el poder de contrarrestar la poderosa influencia que tiene una moderna corporación multinacional. Sólo un gobierno comprometido puede intervenir para prevenir tal calamidad medioambiental y sólo un gobierno comprometido puede actuar para garantizar justicia de las consecuencias de un desastre.

En Estados Unidos u Holanda, países de origen de las dos corporaciones involucradas, uno esperaría que el gobierno actuase así. Pero el gobierno boliviano, con pocos recursos y bajo una clara presión de los intereses extranjeros, no podía y no tenía la voluntad de actuar con fuerza en defensa de su gente. Frente a poderes fuertes y estratégicos como Enron y Shell, el Gobierno tuvo pocas posibilidades de forzarlos a la justicia.

Sin embargo, la gente de Bolivia es muy consciente de la lucha por poder y justicia concerniente a la creciente presencia de corporaciones e instituciones económicas extranjeras en su país. Se empoderan en estas situaciones de la manera en que los bolivianos siempre han tomado para sí el poder: se organizan, hacen sus demandas y resisten juntos con gran coraje.

Si los observadores extranjeros quieren comprender por qué corporaciones extranjeras, tales como Enron y Shell, generan tan profunda desconfianza en

Bolivia, pueden ver las riberas del antiguo y místico río de Bolivia. Seis años después de que el oleoducto se rompiera y dejara cuatro mil kilómetros cuadrados teñidos en las tierras altas, Evo Morales, un indígena aymara y ex pastor de llamas que creció aquí, asumió la presidencia de Bolivia. Uno de sus primeras medidas gubernamentales fue emitir un decreto presidencial que nacionaliza las reservas de gas y petróleo. También prometió tomar control estatal de los oleoductos entregados a Enron y Shell.

Doña Ignacia tiene una sonrisa permanente. Todos, con excepción de uno de sus nueve hijos, se han ido a la ciudad en busca de una vida mejor. Bromea que pronto ella será la única en estas tierras, y está segura de que morirá exactamente donde nació, en la casa que generosamente abrió a una extraña extranjera una fría noche de invierno.

“La vida en estas partes ya no es como solía ser. Nosotros incluso animamos a que nuestras familias se vayan. Les decimos que ya no hay nada para ustedes aquí. Esta vida no es trabajo de oficina, y desafortunadamente no tenemos seguro de trabajo. A esta compañía se le ha permitido destruir nuestro lugar de trabajo y actuar como si lo hubiera arreglado. Sabemos que han hecho nuestras vidas más difíciles. Transredes ha destruido algo sin arreglarlo.



Notas

- 1 Carlos Villegas Quiroga, *Privatización de la industria petrolera en Bolivia: Trayectoria y efectos tributarios*, 2^{da} Ed., La Paz: Plural editores, 2004: p. 174.
- 2 Centro de Estudios Superiores Universitarios de la Universidad Mayor de San Simón (CESU), “Gas, petróleo e imperialismo multinacional en Bolivia, Una visión crítica del poder y su relación con las contribuciones petroleras 1985-2003,” Cochabamba: CESU, septiembre, 2005: p. 9.
- 3 Instituto para Estudios Políticos, “Los Peones de la Enron: Cómo las instituciones públicas han financiado los juegos de la globalización de la Enron,” 22 de marzo, 2002:<http://www.seen.org/PDFs/pawns.PDF>, 19 de agosto, 2006.
- 4 CESU, p. 16.
- 5 CESU, p. 24.
- 6 Roberto Fernández Terán, entrevista con la autora, Cochabamba, 8 de septiembre, 2006.
- 7 ENSR Internacional, *Auditoría ambiental del derrame de hidrocarburos en el Río Desaguadero*, Volumen 2, Bolivia, abril, 2001: p. 11.
- 8 Porfiria Marca de Castillo, entrevista con la autora, 21 de mayo, 2006.
- 9 ENSR, Volumen 2: p. 13.

- 10 “No Recourse: Transnational Corporations and the Protection of Economic, Social, and Cultural Rights in Bolivia” (No Recurso: Las corporaciones transnacionales y la protección económica, social, y los derechos culturales en Bolivia), Fordham International Law School, Fordham, mayo de 2004: p. 7.
- 11 ENSR, Volumen 2: pp. 10-11.
- 12 Fordham, p. 20.
- 13 Roger E. Carvajal., Ph.D, “Análisis de los riesgos toxicológicos en la salud humana,” *Anexo de la auditoría ambiental*, Bolivia, marzo, 2001: p. 39.
- 14 ENSR, Volumen 2, p. 11.
- 15 Transredes S.A., “*Derrame OSSA-2 al Río Desaguadero; Informe socioeconómico y acciones del equipo CLO3*,” Transredes: Oruro, julio, 2000: p. vii.
- 16 Vidal Aguilar, entrevista con la autora, El Choro, Bolivia, 5 de marzo, 2006.
- 17 Fotografías ‘a vuelo de pájaro’ del lago Poopó tomadas por el Servicio de Mapas de Google. Accedido el 20 de agosto de 2006: http://209.15.138.224/bolivia_mapas/s_theAltiplanoLake-PoopoBolivia.htm.
- 18 ENSR, Volumen 6: p. 20.
- 19 Definición tomada de diccionario.com, accedido el 21 de agosto de 2006: <http://dictionary.reference.com/browse/negligence>.
- 20 Fordham, p. 20.
- 21 Fordham, p. 7.
- 22 ENSR, Volumen 7: p. 4.
- 23 Fordham, p. 8.
- 24 ENSR, Volumen 7: p. 4.
- 25 Memorándum de Transredes al Centro para la Democracia, 21 de marzo, 2007.
- 26 Memorándum de Transredes al Centro para la Democracia.
- 27 www.erm.com/ERM/Showcase.nst.
- 28 “*Tele país*,” Canal 13. 7 de febrero, 2000.; “*Noticiero central*,” Canal 5. 21 de febrero, 2000.; *La Prensa*. 10 de febrero, 2000.
- 29 *Presencia*, 6 de febrero, 2000.
- 30 “*Noticiero Central*,” Canal 5, 5 de febrero, 2000.
- 31 Comunicado de Prensa de Transredes, *La Prensa*, 8 de marzo, 2000.
- 32 “*Noticias PAT*,” Canal 42, 15 de febrero, 2000.
- 33 Ibid.
- 34 Miembros de la Comunidad de Ulloma, en una reunión con la autora, 11 de mayo, 2006; Hans Moeller, entrevista con la autora, 14 de junio, 2006; Miembros de la Comunidad de Acopata, entrevista con la autora, 18 de mayo, 2006.
- 35 *La Prensa*, 6 de febrero, 2000.
- 36 *La Patria*, 3 de febrero, 2000.
- 37 Don Juan de Dios Castillo Villegas, entrevista con la autora, 16 de mayo, 2006.
- 38 ENSR, Volumen 7: p. 39.
- 39 Memorándum de Transredes al Centro para la Democracia.
- 40 Detalles de los acuerdos a los que se llegaron en una reunión con la autora, 11 de mayo, 2006; ENSR, Volumen 2, p. 107.
- 41 *Presencia*, 18 de febrero, 2000.
- 42 ENSR, Volumen 7, p. 8.
- 43 ENSR, Volumen 7, p. 3.
- 44 *La Prensa*, 12 de diciembre, 2001.
- 45 ENSR, Volumen 7 : p. 10.
- 46 *La Razón*, 26 de marzo, 2000.
- 47 *La Razón*, 31 de marzo, 2000.
- 48 *Ultima Hora*, 4 de agosto, 2000.

- 49 ENSR, Volumen 2: p. 107.
- 50 ENSR, Volumen 7: p. 39.
- 51 Juan Carlos Montoya Ch., *Efectos ambientales y socioeconómicos por el derrame de petróleo en el Río Desaguadero*, La Paz: Fundación PIEB, 2002: p. 16.
- 52 ENSR, Volumen 2: p. 186.
- 53 ENSR, Volumen 7: p. 11.
- 54 ENSR, Volumen 7: p. 11.
- 55 *La Razón*, 7 de junio, 2000.
- 56 ENSR, Volumen 2: p. 186; ENSR, Volumen 7: p. 12.
- 57 Don Teodisio Liquepe, entrevista con la autora, 17 de mayo, 2006.
- 58 *La Razón*, 7 de junio, 2000.
- 59 ENSR, Volumen 7: p. 13.
- 60 Hans Moeller, entrevista con la autora, 13 de junio, 2006.
- 61 Montoya, p. 165.
- 62 *El Mundo*, 16 de marzo, 2000.
- 63 ENSR, Volumen 2: p. 157.
- 64 Transredes S.A., "Derrame OSSA-2 al Río Desaguadero: Tercer informe intermedio, Conclusión de las operaciones de limpieza y actualización de compensación," Anexo G: Contrato transaccional, cláusula cuarta.
- 65 Miembros de la Comunidad de Ulloma, en una reunión con la autora, 11 de mayo, 2006.
- 66 Transredes S.A., "Derrame OSSA-2 al Río Desaguadero: Tercer informe intermedio, Conclusión de las operaciones de limpieza y actualización de compensación," Anexo G: Contrato transaccional, cláusula cuarta.
- 67 Vidal Aguilar, entrevista con la autora en Cruz Choro Viri-Viri, Bolivia, 5 de marzo, 2006.
- 68 Miembros de la Comunidad de Ulloma, en una reunión con la autora, 11 de mayo, 2006.
- 69 Foro Boliviano de Medio Ambiente y Desarrollo Oruro (FOBOMADE), "Análisis y evaluación del proceso y los conflictos socio ambientales derivados de la contaminación por el derrame de petróleo en el Río Desaguadero: Un año después del desastre ambiental," Oruro, enero, 2001.
- 70 Transredes S.A., "Derrame OSSA-2 al Río Desaguadero; Informe socioeconómico y acciones del equipo CLO's," Transredes: Oruro, julio, 2000: pp. 4-5.
- 71 Antiguo CLO anónimo empleado por Transredes, entrevista con la autora, 17 de noviembre, 2005.
- 72 Transredes S.A., "Derrame OSSA-2 al Río Desaguadero; Informe socioeconómico y acciones del equipo CLO's," Transredes: Oruro, julio, 2000: p. 40.
- 73 *Presencia*, 25 de marzo, 2000.
- 74 *Presencia*, 25 de marzo, 2000.
- 75 *La Razón*, 23 de julio, 2000.
- 76 Patch Safety Services Ltd., "Conclusions of Analysis" (Conclusiones de análisis): junio, 2000.
- 77 <http://www.odi.org.uk/speeches/corporations2002/report7.html>.
- 78 Fordham, p. 16.
- 79 Víctor Rico, entrevista informal con la autora, La Paz, 8 de mayo, 2006.
- 80 ENSR, Volumen 7: p. 15.
- 81 Vidal Aguilar, entrevista con la autora, El Cruz Choro Viri-Viri, Bolivia, 5 de marzo, 2006; Miembros de la comunidad de Ulloma, entrevista con la autora, 11 de mayo, 2006; Fordham, p. 16.
- 82 Memorándum de Transredes al Centro para la Democracia.
- 83 Fordham, p. 16.
- 84 Esta cifra está basada en el cálculo de las 3 939 familias compensadas, a un promedio de cinco miembros por cada familia.
- 85 ENSR, Volumen 2: p. 184.
- 86 Ibid.
- 87 Ibid.

- 88 Ibid.
- 89 *El Diario*, 16 de junio, 2000.
- 90 *La Patria*, 8 de febrero, 2000.
- 91 Rufino Choque, entrevista con la autora, 13 de marzo, 2006. Poopó, Bolivia.
- 92 *Presencia*, 2 de junio, 2000.
- 93 Fordham, p. 11.
- 94 *Ultima Hora*, 6 de abril, 2000.
- 95 *Presencia*, 7 de abril, 2000.
- 96 Saúl Apaza, entrevista con la autora, Oruro, 3 de marzo, 2006.
- 97 Saúl Apaza, entrevista con la autora, Cochabamba, 23 de noviembre, 2006.
- 98 Fordham, p. 21.
- 99 *Pulso*, 25 de febrero, 2000.
- 100 Fordham, p. 3.
- 101 Ibid.
- 102 “*Estudio Abierto*,” Canal 4, 9 de febrero, 2000; *La Razón*, 9 de febrero, 2000.
- 103 <http://www.transredes.com/pdf/memoria/MA2005ENG/parte1ing.pdf>.
- 104 Fordham, p. 21.
- 105 “Brazil Battles Oil Spill Threat,” (Brasil lucha contra la amenaza de derrame petrolero) *BBC News*, 18 de julio, 2000: <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/americas/838826.stm>.
- 106 Felipe Coronado, entrevista con la autora, Oruro, 17 de noviembre, 2005; Hans Moeller, entrevista con la autora, La Paz, 13 de junio, 2006.
- 107 Felipe Coronado, entrevista con la autora, 17 de noviembre, 2005.
- 108 FOBOMADE. “Análisis y evaluación del proceso y los conflictos socio ambientales derivados de la contaminación por el derrame de petróleo en El Río Desaguadero”, Oruro, enero, 2001.
- 109 Hans Moeller, entrevista con la autora, 13 de junio, 2006.
- 110 Transredes S.A., p. vii.
- 111 Hans Moeller, entrevista con la autora, 13 de junio, 2006.
- 112 Ibid.
- 113 “How an Oil Spill Helped a Bolivian Energy Company to become a model of Corporate Citizenship,” (Cómo un derrame petrolero ayudó a una compañía energética boliviana a convertirse en un modelo de ciudadanía corporativa) *IDB América*, 5 de octubre, 2005.
- 114 Servicios medioambientales (ENSR) sitio web, accedido el 29 de junio de 2006: <http://www.ensr.aecom.com/MarketsAndServices/46/65/index.jsp>.
- 115 Carvajal, pp. 4-5.
- 116 Carvajal, p. 5.
- 117 Carvajal, p. 38.
- 118 Carvajal, p. 39.
- 119 ENSR, Volumen 7, p. 12.
- 120 ENSR, Volumen 7, pp. 15-16.
- 121 *La Prensa*, 17 de octubre, 2001.
- 122 *Hawaii Reporter*, “Enron Deals Under Scrutiny in Bolivia” (Enron lucha bajo el escrutinio de Bolivia), 5 de abril, 2002.
- 123 Tomás Villegas Castillo, entrevista con la autora, 20 de mayo, 2006.
- 124 Comunicado de prensa de Transredes en *La Prensa*, 8 de marzo, 2000.
- 125 Comunicado de prensa de Transredes en *La Razón*, 7 de junio, 2000.
- 126 ENSR, Volumen 7: p. 13.
- 127 Memorándum de Transredes al Centro para la Democracia.
- 128 Ibid.
- 129 Santiago Castillo Ramos, entrevista con la autora, 23 de mayo, 2006.
- 130 Página Web del Banco Interamericano de Desarrollo, accedido el 11 mayo de 2006: <http://www.iadb.org/csramericas/2003/doc/henshaw2.pdf>.